

Eje: Relatos de lectores, lecturas y mediadores.

¿Qué y cuánto puede provocar un proyecto pedagógico de promoción de la lectura en la Escuela Secundaria?

La experiencia pedagógica que deseo compartir está motivada desde los cambios observados en gran parte del alumnado ya que para algunos hubo un antes y un después de este proyecto que se manifestó en una mayor confianza, seguridad, sentido de pertenencia, filiación, ligaduras simbólicas, afirmación de una identidad que está en vías de construcción, permitió una mirada distinta hacia la literatura logrando vencer prejuicios y tabúes como el de considerarla, en el caso de algunos varones, como “tierra de mujeres” o “cosa de chicas” (sic).

“Que mi verso sea como una llave que abra mil puertas”.

Vicente Huidobro.

La técnica de susurrar nace en el año 2001, en Francia, con la intención de “desacelerar el mundo”. Un grupo de actores, artistas, dramaturgos se lanzó a las calles y a los metros parisinos a susurrar poesías al oído de los transeúntes y de los pasajeros. Se autodenominaron “Les souffleurs”, que literalmente significa “Los sopladores” o “Los susurradores”. El susurrador consiste en un tubo de aproximadamente un metro y medio de largo pintado de color negro.

La puesta en marcha del proyecto de los susurradores la desarrollé en la E.E.S. N° 4 “Bicentenario de la Patria” de la localidad de Cabildo, distante a 60 kilómetros de la ciudad de Bahía Blanca. Un pueblo eminentemente rural y con una única orientación vinculada a lo contable.

Esta técnica llega a mí a través de la lectura en Internet, en 2009 aproximadamente, de una entrevista realizada a Mirta Colángelo, destacada promotora de lectura argentina y responsable de haber diseminado por Argentina esta técnica-fiebre. Como señalé conocía la técnica de susurrar y había participado en talleres pero recién la puse en práctica en este presente ciclo debido a las características de los cursos 4° año A y B en los que doy la materia Literatura.

Ambas divisiones cargaban con el “estigma” al decir de Perla Zelmanovich de desinterés, desidia, abulia, gran cantidad de repitentes, o el famoso “con ese curso no vas a lograr nada”, “no leen”, “no entienden”, “nada les gusta”: en definitiva los “nombres del malestar” como concuerdo en esta denominación con la autora mencionada anteriormente.

Por lo tanto el año se presentaba como un dilema que respondía a la pregunta: ¿Qué hacer? ¿Dejar que todo siga igual como en un “seguí participando” en palabras de Manuel Antelo? ¿Seguir a Ivor Goodson y elaborar un “currículum para el empoderamiento”? Traté de inclinarme hacia esta última mirada y de seguir hacia adelante como dice Derrida “si no como locos...por lo menos como soñadores”, ubicándome del lado de los sueños y de la poesía.

Llegado el momento de leer textos poéticos y atendiendo al Diseño Curricular el desafío era aun mayor ya que los textos a leer eran y son complejos y van desde Echeverría pasando por Lope de Vega hasta Borges pero no podía “mirar para otro lado” debido a lo que señala Inés Dussel (2007:6) “el currículum es una suerte de “ley” en la escuela, de norma que establece contenidos y regula lo que debe enseñarse”, además de su carácter prescriptivo. Por lo tanto me encontraba, como ya dije, entre un desafío y un dilema: ¿Cómo acerco a todos y todas a la poesía? ¿Cómo conmuevo, abro puertas al deseo de leer a los “recién llegados”? al decir de Hanna Arendt ¿Cómo lograr su convencimiento ante mi “obstinación pedagógica” que remonta a Philippe Meirieu (2001)?

Entonces vino a mi mente y por qué no a mi corazón la idea de los susurradores como forma de “convidarlos con la posibilidad de un encuentro con los modos y las pasiones de quienes hacen arte...tiene el mérito de ofrecer posibles filiaciones intelectuales, hecho que resulta crucial en una época en la que las referencias culturales y los puntos de anclaje se hallan dificultados para los sujetos” en lo que acuerdo con Perla Zelmanovich.

Y de esa forma tratar de “arrancarlos” de su aparente apatía que trabajando en el curso comprobé que no era tan así. El deseo de educar como plantea Hebe Tizio (2004) se exacerbó ante la realidad que estaba/n viviendo ya que sentía que todas esas etiquetas puestas ocultaban un abandono de parte de algunos docentes y que no todos eran “iguales de apáticos o desinteresados o...” ¿Sería posible lograr “algo”, cambiar “algo”? Era la pregunta que me desvelaba pero saqué mi disfraz de valiente y presenté el proyecto ante mis alumnos que me miraban con una mezcla de risas, horror, vergüenza. Pero acordamos en realizarlo. Los alumnos consintieron, tal vez debido a que los

contenidos fueron presentados desde otra óptica, no consistía en hacer “autopsias de poesías” y el deseo de hacer, de probar otras cosas surgió. Pusimos una fecha para llevar los susurradores al aula, decidir un nombre en forma democrática y la magia se dio. El día pautado la escuela estaba llena de tubos de cartón que el dueño de la única sedería del pueblo regaló intrigado. El paisaje escolar clásico había cambiado o los “elementos perennes de la cultura escolar” como señalan Dominique Julia (2001) y André Cherval (1990) y cada tubo/ susurrador estaba pintado de diferentes maneras ya que parte de la “consigna” consistió en la personalización del mismo, en ese “... marcar que subjetiviza...” Mauro Cerbino (2006) y luego la explicación del por qué. Y lo hicieron desde su ser, desde sus experiencias en el sentido dado por Larrosa como aquellos “que nos pasa o lo que nos acontece, o lo que nos llega”, es un posicionamiento de un Yo ante otro, un “aquí estoy”, “este soy”. Estos susurradores eran y son un reflejo o muestra de las diversas culturas que conviven dentro de una misma aula, no en forma aislada sino como mestizas y la escuela así la reconocemos como un lugar de frontera cultural, de zona de contacto, y a la cultura escolar como una cultura híbrida

Ser parte de “Los susurradores de las Voces Perdidas” (nombre seleccionado) creó en los alumnos una identidad y esta se entiende desde su carácter relacional que al mismo tiempo que estableció un “nosotros”, definió un “ellos” (Grimson, 2009), afianzó un lazo con el Otro, con sus pares, conmigo, el saber que hay otro que sostiene, contiene, ampara y necesita. También destaco que el trabajo fue una “Práctica entre varias”, en este caso, ya que la Preceptora del curso y una Profesora de Informática fueron fundamentales en este proyecto ya que los chicos podían recurrir a cualquiera de nosotras ante una duda, un comentario o simplemente por el deseo de hablar y saberse escuchados. Este hacer entre varias hizo que encontraran “un anclaje simbólico, un punto de referencia” en esa relación con un adulto/docente/mediador/pasador de la cultura como señala Perla Zelmanovich

La poesía comenzó a rodar, primero tímidamente dentro de la institución pero al ser un pueblo chico la noticia se divulgó y fuimos recibiendo invitaciones para susurrar en las escuelas primarias, jardines de infantes, centro de jubilados, inauguraciones, muestras y hasta en un cumpleaños. La poesía comenzó a abrir puertas en sentido literal y metafórico.

Puertas hacia el exterior pero sobre todo puertas hacia adentro, hacia lugares que estaban bajo siete llaves o lugares que ni los mismos chicos sabían que tenían. Ese

susurrar de versos permitió que alumnos y alumnas pudieran gritar sus emociones, sentimientos, deseos, miedos, hacer catarsis por situaciones difíciles que les habían ocurrido, como el decir de Magda, una de las susurradoras: “Como una pequeña llave que abre un misterioso cofre...Llevándose una parte de cada uno de nosotros”, sentirse identificados con ciertos poetas, permitió que los tímidos, los que se sientan en el último banco, los estigmatizados bajo el nombre de “integrados” se sientan parte de, se atrevan a escribir como Georgina que porta la “etiqueta” de disléxica desde su niñez quien refirió: “Poder compartir con otra persona es maravilloso, y yo pude sentir la magia de ser una susurradora, con trabajo y dedicación, para cada día poder ser mejor en este complejo y hermoso trabajo de hacer emocionar a las personas mediante la palabra” o simplemente ¿simplemente? ser felices al lograr una sonrisa en el otro como cuenta Agustina: “...las innumerables caras de alegría y sorpresa ante nuestro trabajo, dejaron, en mí, recuerdos que me incitan a seguir, porque en un mundo donde vivimos rodeados de noticias negativas, desatar sonrisas y regalar palabras es realmente una experiencia enriquecedora”.

La experiencia siguió y como broche de oro recibimos la invitación de Mirta Colángelo para ser parte del libro que está escribiendo sobre el movimiento de los susurradores en la Argentina.

No todo es color de rosa y llegó el negro a través de las miradas, palabras y hechos de algunos docentes y miembros de la institución, ¡sí de docentes! Que les pareció una “pérdida de tiempo”, una actividad que “promovía el desorden” ya que no estaban todos sentaditos, ordenados y callados. No eran cuerpos dóciles Foucault (1986). Por otro lado, los susurradores “esos palos prehistóricos mientras yo doy clases con una computadora” como señaló a los propios susurradores uno de sus profesores. O el lugar asignado para guardar “esos cosos” fue el cuarto de Educación Física donde fueron literalmente tirados por el personal auxiliar y que luego hubo que arreglar ya que se habían roto unos cuantos. ¿Esto nos desanimó? No, seguimos hacia adelante con nuestro sueño que no era un capricho sino el sueño de seguir tendiendo puentes con las palabras, y parafraseando a Ivonne Bordelois de salvarnos a través de ellas.

Philippe Meirieu (2001) dice: “Organizarlo todo dejando espacio para lo impredecible. Trabajar incansablemente para poner en práctica dispositivos que favorezcan la

construcción de saberes, aceptando al mismo tiempo que no sabemos realmente ni cómo ni por qué cada uno lo consigue o no lo consigue.

Asociar la obstinación didáctica con esta tolerancia pedagógica que no es indiferencia hacia el otro, sino la aceptación de que la persona del otro no se reduce a lo que yo he podido programar”. Esta cita refleja fielmente lo ocurrido ya que no todos susurraron y se dio sobre todo en los varones. Esto me generó preguntas y muchas: ¿Por qué no sienten deseos de hacerlo? ¿Es vergüenza, timidez? ¿La mirada de sus pares o de los otros varones más grande pesaba demasiado? ¿Miedo a la discriminación, a ser tildados de “gays”? Y comencé a mirarlos, no con ánimo de amedrentarlos o de controlarlos sino para indagar, descubrir respuestas. Sabía que si los interpelaba directamente provocaría un mismo discurso: “No me gusta la poesía” pero previamente había observado que la leían, la disfrutaban, la escribían en sus muros de Facebook y hasta en sus carpetas, entonces ¿por qué la negativa? Y ahí otro desafío: albergar la singularidad de estos varones, no pensarlo como un obstáculo sino como otra razón para seguir en mi “obstinación”. Creo que este NO proviene que en la actualidad, es interesante remarcar que en las aéreas disciplinarias todavía persisten marcas o códigos de género. Los atributos masculinos representados por la virilidad, el coraje, la fuerza, la razón, la iniciativa propios de las materias científicas- duras (matemáticas-física-química) , se oponen a la fragilidad, la delicadeza, la emotividad, el recato, ‘ naturalmente’ femeninas propio de las humanísticas (arte-literatura-historia). Esta visión diferencial de lo que se cree propio y natural para cada sexo, se legitima en estereotipos referidos a los modos y estrategias que niñas y niños despliegan a la hora de vincularse con el saber

Se trata de una separación entre razonamiento/emoción, ciencias duras/ciencias blandas, masculino/femenino, dicotomías propias de la escuela del mundo occidental

De estos estereotipos de género que se han fijado como si fueran una esencia, algo inherente y inmutable que determina nuestros cuerpos, aun cuando la experiencia nos diga que las mujeres y los hombres podemos compartir características de ambos modelos. Es sabido, por ejemplo, que el sexo no impide a las mujeres ser inteligentes, razonables, independientes, autónomas y valientes, ni a los hombres ser sensibles, cariñosos, dependientes y hogareños.

En conclusión, cierro con Larrosa: “Convertir en pregunta lo que se da como respuesta”: Quedan muchos más interrogantes, mucho más para pensar... ¿Basta sólo con el deseo de educar para llegar, promover, interpelar el deseo a todas y todos?, ¿Cómo educar? ¿Cómo enseñar mucho y a muchos? ¿Cómo preparar para la vida-esa tarea perenne e invariable- de toda educación a la que Bauman (2001) se refiere? ¿Cómo habilitar el diálogo, las preguntas para desterrar las estigmatizaciones? ¿Qué hace o puede hacer que una lectura, un proyecto se convierta en un evento “memorable”? ¿Cómo mantener una relación asimétrica con mis alumnos para facilitar el crecimiento?

Hago mías estas palabras de Michele Pétit esperando que algo de lo propuesto por esta antropóloga lo hayamos logrado con “Los susurros de las Voces Perdidas”...

“Cuando alguien no ha tenido la suerte de disponer de libros en su casa, de ver leer a sus padres, de escuchar relatar historias, las cosas pueden cambiar a partir de un encuentro”.

Curriculum vitae abreviado:

Datos personales:

Nombre y apellido: Erica Laura Dalceggio

Nacionalidad: argentina.

Localidad: Cabildo- Partido de Bahía Blanca, Provincia de Buenos Aires.

Email: eriliteratura@hotmail.com

Título de grado:

Profesora de castellano y literatura- Instituto Superior “Juan XXIII” (1996)

Título de posgrado:

Diplomada superior en Lectura, Escritura y Educación- Flacso. (2010)

Especialista en Lectura, Escritura y Educación- Flacso. (2011)

Diplomada en Diseño Curricular y Contextos Escolares- Flacso. (2012)

Cargos actuales:

Profesora de Prácticas del lenguaje y Literatura en E.E.S. “Bicentenario de la Patria”- Cabildo.

Otras actividades:

Narradora.

Directora y docente del Taller de lectura y escritura creativa “El descanso”.